

La fraternidad como pedagogía del misterio

Últimamente, se ha profundizado en la fraternidad como método y contenido pedagógico que comunica e invita. Como educadores, ¿qué tipo de fraternidad podemos ofrecer? ¿Cómo articular un discurso pedagógico anclado en este principio?

JUAN GARCÍA GUTIÉRREZ

PROFESOR DE TEORÍA DE LA EDUCACIÓN
Y PEDAGOGÍA SOCIAL (UNED)

El pasado mes de febrero celebramos el primer aniversario del “Documento sobre la fraternidad humana, por la paz y la convivencia común”, firmado por el papa Francisco y el imán de la mezquita Universidad de al-Azhar, Ahmed el-Tayeb. Con esta firma, se recordaban también los ochocientos años del encuentro entre Francisco de Asís y el sultán Malik al-Kamil. Según los expertos en diálogo interreligioso, se trata de un acuerdo histórico y angular en las relaciones entre cristianismo e islam. También la directora general de la Unesco, presente en el acto de firma, lo ha considerado

como un documento ético fundacional de nuestro tiempo que, además, está en armonía con el cuarto objetivo de desarrollo sostenible de Naciones Unidas, referido a la educación.

El texto es fruto de una experiencia de oración y diálogo profundo entre cristianos y musulmanes, entre el equipo del Papa y del imán, en el que ambos comparten una misma redacción, por ejemplo, al afirmar que “la fe lleva al creyente a ver en el otro a un hermano que debe sostener y amar [...] y está llamado a expresar esa fraternidad humana protegiendo la creación y todo el universo y ayudando a las demás personas”. Al final

del documento, se pide que sea “objeto de investigación y reflexión en todas las escuelas, universidades e institutos de educación y formación para que ayude a crear nuevas generaciones que traigan el bien y la paz”.

Con esta premisa, podemos considerar la noción de fraternidad que contiene el documento como principio pedagógico para desarrollar una praxis y una teoría educativa auténticas. Algunos pasajes del Nuevo Testamento ayudan a fundamentar esta teoría educativa que une, indisolublemente, a la humanidad desde la hermandad y la paternidad como reflejo fiel de la vida trinitaria. Jesús nos

hace hermanos para revelarnos al Padre por la fuerza del Espíritu Santo, transmitiendo una pedagogía de la fraternidad a través de las bienaventuranzas. Qué duda cabe que toda pedagogía auténtica es portadora de una tensión utópica (cf. **Chiara Lubich**, “El carisma de la unidad y la pedagogía”, en *La doctrina espiritual*, Ciudad Nueva, Madrid 2002, 291).

La fraternidad, junto con la pobreza, el cuidado de la naturaleza o la paz, por citar solo algunas, constituyen la clave de bóveda del magisterio social del papa Francisco. Todas ellas son, por así decirlo, “conceptos imán”. Necesitan de otra parte; atraen al otro, necesitan del otro. No se construyen por separado, sino que reclaman la presencia necesaria del otro, estructurando, así, relaciones y experiencias comunitarias. Tender puentes y fomentar relaciones: al interno de las iglesias, entre otras religiones y con personas de buena voluntad. A la evangelización y el diálogo con el mundo contemporáneo, que establecen los papas **Juan Pablo II** y **Benedicto XVI**, hay que sumarle el “diálogo de la vida” y la “evangelización del ejemplo” que propone el papa Francisco.

Cualesquiera ámbitos del quehacer humano son una buena ocasión para el encuentro. Un encuentro que, cuando se produce entre verdaderos hermanos, queda abierto al misterio. Este documento estructura la fraternidad como categoría para el diálogo interreligioso, pero también lo debemos interpretar como reflejo social de la experiencia trinitaria que identifica al cristiano. La fraternidad es la categoría que funda y guía paradigmáticamente el pontificado de Francisco. Introducirla en los procesos educativos, como sugiere en el mensaje para lanzar el pacto educativo, significa reconocerla como un dato antropológico de base, a partir del cual se injertan todas las “gramá-

La pedagogía de la fraternidad es una pedagogía del servicio. Una pedagogía de los “deberes”, más que de los “derechos”

ticas” principales y positivas de la relación: el encuentro, la solidaridad, la misericordia, la generosidad, pero también el diálogo, la confrontación y, más en general, las diversas formas de reciprocidad (“Pacto educativo global. *Instrumentum laboris*”, 4). Entonces, ¿se puede identificar también al educador católico por la fraternidad? ¿Cómo articular un discurso pedagógico anclado en este principio? ¿Qué tipo de fraternidad puede ofrecer el sector educativo?

Método pedagógico

En primer lugar, hay que reconocer que la fraternidad que nos propone el documento no es una idea o una especulación teórica, sino que comunica y, a la vez, invita a hacer esa experiencia auténtica. Si podemos hacer esta experiencia es porque la fraternidad es un método pedagógico que está basado en el encuentro, en el diálogo y en la ejemplaridad como rasgos de un educador que funda su acción pedagógica en la mirada amorosa al alumno, con independencia de la materia que imparte. Una mirada que es capaz de anticiparse, ver más allá del presente y las limitaciones particulares, para “sacar de ti tu mejor tú. Ese que no te viste y que yo veo” (**Pedro Salinas**, *Perdóname por ir así buscándote*). Sin duda, la pedagogía de la fraternidad tiene más que ver con “encender un fuego” que con “llenar un vaso”.

La pedagogía de la fraternidad es una pedagogía del servicio. Una pedagogía de los “deberes”, más que de los “derechos”. Un tipo de responsabilidad que podemos transmitir en el aula, a través de los proyectos de aprendizaje-servicio, por ejemplo, o reforzando la intencionalidad huma-

nizadora en el uso de las tecnologías digitales. Se trata de iniciativas que pueden ayudar a los profesores a concretar pedagógicamente este principio, facilitando a los estudiantes, además, la comprensión de lo que significa cuidar unos de otros y de la “casa común”.

Con el servicio, descubrimos una herramienta pedagógica de primer orden para dar “rostro humano” y sentido a los aprendizajes. Aprendemos la fragilidad y el cuidado. Institutos, colegios y universidades han apostado por esta metodología que ayuda a experimentar el valor de la fraternidad y formar el carácter. Ahora bien, ¿cómo podemos articular un proyecto de este tipo acorde con el ideario del centro? Ver, juzgar y actuar: esta ha sido la metodología con la que la Iglesia entable su diálogo con el mundo. Con esta filosofía, se articulan también los proyectos de aprendizaje-servicio, diferenciando fases y dinámicas pedagógicas concretas que nos llevan a ir atravesando distintos momentos.

Concretamente, para elaborar un proyecto de aprendizaje-servicio que implique este sentido de fraternidad, deberemos, en primer lugar, observar nuestro entorno más cercano e identificar necesidades sociales y problemáticas a las que podemos hacer frente desde nuestro centro. En segundo lugar, pensar y reflexionar sobre cómo se pueden afrontar estas necesidades, siempre desde los espacios curriculares más apropiados e identificando los aprendizajes que pondremos en juego para dar una respuesta a la problemática que hayamos identificado. En tercer lugar, no hacerlo solos; planificar, involucrar y participar con otras organiza- >>

>> ciones. Cuarto, desarrollar y ejecutar la estrategia planificada y evaluarla. Y, por último, un momento de agradecimiento recíproco; una celebración reconociendo el trabajo realizado. Si nos acercamos a internet, podemos encontrar un buen número de proyectos y prácticas inspiradoras.

Contenido compartido

En segundo lugar, podemos entender la fraternidad como un contenido pedagógico que, instalado en la tradición cristiana, es compartido por otras religiones y culturas. La fraternidad, en tanto que mensaje pascual, nos ayuda a comprender mejor al ser humano y la comunidad como imagen de un Dios trinitario. En este tiempo de doctrinas e ideologías diversas, desde el respeto y el diálogo con todos, es preciso no cejar de afirmar la verdad de la persona frente a las tendencias que la alienan o subordinan a otro tipo de intereses.

La fraternidad nos revela la verdad del ser humano. Es preciso, como hiciera la Escuela de Salamanca, dar razones del por qué la humanidad es una (y no solo en el orden religioso) y las implicaciones que eso conlleva; es necesario un nuevo impulso del pensamiento para comprender mejor lo que implica ser una familia (cf. Benedicto XVI, *Caritas in veritate* 53), venciendo así la dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última moda solo el propio yo y sus antojos (Joseph Ratzinger, “Homilía en el colegio cardenalicio”, dieciocho de abril de 2005). Como afirma la *Laudato si'*, la humanidad, al recibir la vida, se descubre unida en el vínculo de la fraternidad, que se manifiesta, por tanto, como el principio que expresa la realidad estructural del ser humano (Francisco, *Laudato si'* 220).

Así, introducir la fraternidad en los procesos educativos, como sugiere el magisterio del Papa, supone recono-

cerla como un dato antropológico de base, a partir del cual se injertan todas las “gramáticas” principales y positivas de la relación: el encuentro, la solidaridad, la misericordia, la generosidad, pero también el diálogo, la confrontación y, más en general, las diversas formas de reciprocidad (“Pacto educativo global. *Instrumentum laboris*”, 4). Todos ellos son elementos que pueden abordarse o integrarse no solo en el área de religión sino, sobre todo para los centros con ideario católico, en cualquiera de las áreas curriculares (desde la filosofía a la historia, pasando por la biología, la química, etc.). Los centros con un ideario católico deberían prestar especial atención a la mejor manera de integrar y subrayar estos contenidos.

Por tanto, proponer el aprendizaje de la fraternidad como contenido supone, entre otras cosas, educar al diálogo intercultural (Congregación para la Educación Católica, “Educar al diálogo intercultural en la escuela católica”, 2013), conociendo a fondo el sentir religioso de las comunidades en las que está instalado el colegio (comenzando, por ejemplo, por el conocimiento del propio ideario educativo). Sin duda, estos elementos actúan como el antídoto más eficaz frente a los discursos del odio, del extremismo y el fanatismo ciego que se extienden.

Finalidad educativa

De lo dicho hasta ahora, podemos concebir la fraternidad, también, como una finalidad educativa, como un objetivo. Así, la fraternidad con-

Por tanto, proponer el aprendizaje de la fraternidad como contenido supone, entre otras cosas, educar al diálogo intercultural

forma una red nomológica (solidaridad, encuentro, comunión) intencional, que nos ayuda a comprender la pedagogía del misterio. Desde este enfoque de la fraternidad, hay que interpretar el llamamiento de Juan Pablo II al proponer, al inicio del nuevo milenio, una “espiritualidad de comunión” como principio educativo en todos los lugares donde se forma la persona y el cristiano. Algo que significa, como decía, una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos en la unidad profunda del cuerpo místico (Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte* 43).

La fraternidad nos permite experimentar realidades trascendentes como la comunión y, al mismo tiempo, no limitar esos espacios, sino abrirlos a la humanidad a través de la solidaridad. La solidaridad se convierte de este modo en el diálogo de la fraternidad y nos permite hacer presente a Dios en aquellos lugares donde (aparentemente) no se le encuentra. Nadie puede ser excluido de esta comunión universal, de esta fraternidad. Dicho de otra manera, es preciso articular la fraternidad como intencionalidad educativa para generar una cultura, una ética, una espiritualidad que, en este mundo tecnológico y poshumano, permita educar(nos) al humanismo solidario (Congregación para la Educación Católica, “Educar al humanismo solidario para construir una civilización del amor”, 2017).

Por tanto, como hemos desarrollado, la fraternidad como principio pedagógico supone (re)considerarla a la luz del tríptico pestalozziano de “manos, cabeza y corazón”. Haciendo esto, la fraternidad nos abre numerosas formas de encuentro e innovación pedagógica. Por ejemplo, desde el enfoque del aprendizaje-servicio, como hemos dicho, podemos empezar profundi-

zando en nuestra propia fe y convicciones; formándonos y conociendo nuestras propias tradiciones religiosas, el trabajo y la vida de los santos, el magisterio de la Iglesia en diferentes campos; también podemos contactar con estudiantes de otras religiones estableciendo un conocimiento recíproco de la fe y convicciones; o podemos realizar juntos una acción solidaria que permita conocer mejor las convicciones de cada estudiante.

Muchas veces, no hace falta ir muy lejos y el propio centro o el barrio son espacios adecuados para salir al encuentro de las necesidades de los otros y conocer y dar a conocer las propias creencias religiosas a los demás. En una cultura tan materialista no será fácil, pero dar respuesta educativa a las necesidades espirituales nos debe forzar a imaginar propuestas innovadoras y creativas y, en este sentido, el enfoque del aprendizaje-servicio puede ser enriquecedor.

Además, tomar la fraternidad como elemento epistemológico y hermenéutico desde el que investigar y leer el fenómeno educativo nos permite, por ejemplo, plantear horizontes pedagógicos ambiciosos, como el propuesto recientemente por el papa Francisco para reconstruir un pacto educativo global. Con este pacto, estamos llamados también a unir esfuerzos por una alianza educativa amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna (Francisco, “Mensaje para el lanzamiento del pacto educativo”, doce de septiembre de 2019).

Para terminar, como decía el papa Francisco: “¡No os desalentéis ante las dificultades que presenta el desafío educativo! Educar no es una profesión, sino una actitud, un modo de ser; para educar es necesario salir de uno mismo y estar en medio de los

jóvenes, acompañarlos en las etapas de su crecimiento poniéndose a su lado. Donadles esperanza, optimismo para su camino por el mundo. Enseñad a ver la belleza y la bondad de la creación y del ser humano, que conserva siempre la impronta del creador. Pero, sobre todo, sed testigos con vuestra vida de aquello que transmitís” (Francisco, “Discurso a los estudiantes de las escuelas dirigidas por los jesuitas en Italia y Albania”, siete de junio de 2013). ●

